

# PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

## En defensa de la palabra Seis años sin Buendía

**H**asta el pasado, cada año marcábamos en este espacio el 30 de mayo con la remembranza de don Manuel Buendía, asesinado en tal fecha de 1984, y con la exigencia del esclarecimiento de su homicidio. En junio de 1989, poco después del quinto aniversario del aborrecible crimen, fueron detenidos José Antonio Zorrilla y Juan Rafael Moro Avila, ex jefe y ex agente de la policía política mexicana, y hoy se les sigue proceso por ese delito. Hasta que el juicio concluya, no podremos deponer la demanda de que se haga justicia. ■

A tal punto se ha degradado la confianza que debe haber de los gobernados respecto de los gobernantes, que abunda el escepticismo acerca de la solución judicial hasta ahora dada a este caso, que con razón ha conmovido desde entonces a los mexicanos. En la mejor de las opiniones, se admite que si Zorrilla es responsable, no lo es por entero, ya que obedecía órdenes de sus jefes superiores, el secretario de Gobernación y el Presidente de la República. Pero hasta se llega a expresar dudas sobre la participación del ex director de Seguridad en el crimen, no porque nadie lo crea incapaz del homicidio, sino porque se supone que es mero chivo expiatorio para encubrir la incapacidad pesquisitoria de un aparato policiaco y judicial al que se exigió, en el marco de la espectacularidad política que caracterizó

al año pasado, ofrecer resultados efectistas, coincidieran o no con la verdad.

Si se me permite opinar, diré que al contrario de esas posiciones estoy en la que tiene por verosímil la participación de Zorrilla en el homicidio, que no fue perpetrado como una cuestión de Estado, sino por una desviación en las funciones del jefe policiaco, y que por lo tanto no incriminan a sus superiores, que sin embargo practicaron lenidad administrativa y política frente a él. Más todavía, pienso que antes aun de su detención, y también posteriormente a ella, Zorrilla ha procurado esparcir versiones que confundan y hagan al menos precaria la credibilidad de las decisiones judiciales que lo responsabilizan de la muerte de su amigo Buendía.

Deberemos, sin embargo, esperar a que el proceso concluya, para contar con la apreciación formal de la judicatura so-

bre el homicidio de hace seis años. Mientras tanto, el recuerdo de don Manuel se hará presente hoy de varios modos, el principal de los cuales es el comienzo de la jornada nacional de movilización denominada En defensa de la palabra, por la libertad de expresión y contra la violencia.

El título de esta jornada se compone de dos partes, que conviene explicar. La primera recuerda un acontecimiento principal en la vida de Buendía. El 17 de julio de 1980, decenas de periodistas y otros ciudadanos le ofrecieron un desayuno de solidaridad, ante amenazas explícitas que le había lanzado el entonces gobernador de Guerrero, Rubén Figueroa. Hablaron en aquella oportunidad el propio don Manuel, don Francisco Martínez de la Vega y el autor de esta columna. Las palabras de esos tres periodistas, junto con textos de Iván Restrepo, Fernando Benítez y Carlos Monsiváis, se recogieron en un folleto titulado precisamente *En defensa de la palabra*.

Pero como la vida sigue su curso, y nuevas amenazas se ciernen sobre el trabajo periodístico, de muy diversas maneras, aquella posición del gremio ha requerido ser actualizada. El 6 de abril pasado, luego del homicidio de dos vigilantes de *La Jornada* y de amenazas a sus editores y trabajadores, fue organizado un mitin "por la libertad de expresión y contra la violencia". Unir los dos conceptos, el de hace diez años y el de ahora es un homenaje justo a don Manuel. Aunque el motivo de la movilización más reciente sea tal vez de una envergadura mayor que el de 1980 —porque el personaje que entonces amenazó, aunque temible, tenía también mucho de funambulesco—, ambos episodios están vinculados en la persona y en el sacrificio de don Manuel Buendía.

*La Jornada*  
Viernes 30/mayo/90

plaza pública para la edición del 30 de mayo de 1984

¿ Manuel Buendía

¿ Hace diez años

migue; ángel granados chapa

**Hoy hace diez años fue asesinado don Manuel Buendía.**

**Mando matarlo el jefe de la policía política, y sus verdugos fueron agentes policiacos del gobierno; eso es judicialmente claro; aunque lo hicieron actuando como delincuentes, y no como representantes de la autoridad. El caso, sin embargo, no está cerrado, pues por lo menos hay responsabilidades políticas pendientes.**

Para la corta memoria colectiva, el lapso transcurrido es enorme. Por eso es obligado hacer presente la figura del excepcional periodista muerto a mansalva en el crepúsculo del 30 de mayo de 1984. importa sobre todo hacerlo con destino a los jóvenes, quienes han entrado en la vida pública después de esa fecha, y no se beneficiaron de la tarea periodística del columnista político más relevante en la historia mexicana reciente. importa, asimismo, porque su asesinato ilustra un patente caso de corrupción policiaca y política estimulada por el narcotráfico. O sea, los temas de estos días.

Esta preso, sentenciado por la autoría intelectual del homicidio, José Antonio Zorrilla Pérez, aun me repugna el recuerdo de su figura. la noche misma del asesinato de don Manuel. Era una escena literaria, cinematográfica: el homicida presidía el duelo, asumiéndose como el principal de los deudos, organizando el funeral, mostrando a quien quisiera verla, la agenda en que tenía inscrita una cita inminente con Buendía. Representaba, a los ojos de todos, su papel de amigo entrañable, y por eso mismo fuera de toda sospecha. Allí mismo, en el velatorio, el Presidente de la Madrid lo instruye para que se encargara de la investigación. No el ministerio público del fuero común, sino el director federal de Seguridad.

Ya había comenzado a actuar en tal sentido, Zorrilla, aun antes de la instrucción presidencial, veloz como el viento. Llegó al lugar donde minutos antes subalternos suyos habían ultimado al periodista, y se apoderó de la investigación, incluyendo a los testigos, indicios y expedientes del archivo de Buendía. El columnista fue asesinado en la calle, precisamente al salir de su oficina, y eso sirvió de pretexto para hurgar en sus pertenencias profesionales. Buscaban, tal vez, documentación que de todos modos ya no sería difundida por el periodista que sangraba cuatro pisos abajo, sobre la acera de Insurgentes Sur, casi esquina con Hamburgo.

Los móviles del asesinato vinieron a ser concluidos pocos meses después. En febrero de 1986, el norteamericano, agente de la DEA, Enrique Camarena fue secuestrado y asesinado en Guadalajara, y el escándalo diplomático y policiaco que no ha concluido, arrastro a Zorrilla. Pero se cree que se le procesó y encarceló entonces, fue lo contrario. Zorrilla dejó la policía política en que se había enriquecido y envilecido, para ser candidato a diputado, por el PRI, en Pachuca. Aunque después su registro fue cancelado, sin explicación, y el desapareció, no solo no se abrió investigación en su contra, sino que su

jefe al secretario de Gobernación Manuel Bartlett lo exoneró. Ahora gobernador de Puebla, Bartlett figura en la acusación, todavía en curso, que se ventila en tribunales californianos por el asesinato de Camarena,

La indagación sobre el homicidio de Buendía resultó ejemplar, pero de lo que no se debe hacer. Muchas manos entraron en ella, ninguna con eficacia. El tiempo transcurrió sin resultados, que parecían cuidadosamente elegidos por los investigadores. Cuarenta y tres meses después del asesinato -- y luego de cien días de que Bartlett perdiera la candidatura presidencial del PRI --, y cuando ya no quedaba en riesgo el sigilo que rodeara ese crimen (y a mantener el cual se había dedicado con éxito la averiguación), fue nombrado fiscal especial para el caso el ahora ministro de la Suprema Corte de Justicia, Miguel Ángel García Domínguez. No fue él, sin embargo, quien habría de hacer culminar la investigación a que se aplicó durante año y medio. El 14 de junio de 1989 el propio procurador de justicia del Distrito Federal, ahora embajador en Francia, Ignacio Morales Lechuga lo detuvo y lo entregó a los jueces.

La narcopolítica estaba ya presente, hace diez años, en suelo mexicano. Hoy la vemos florecer porque entonces no se cortaron sus raíces. Su víctima principal en aquel momento, don Manuel Buendía, fue ejecutado por el narcotráfico con las armas de la policía política. Su crimen anticipó lo que vendría después. Los mexicanos no supimos atender la alerta que entonces se encendió.